

JUAN LEPAUTRE.

(Véase el n. 15)



Imprenta de BLONDET.

Siglo XVII.—Dibujo de un jarrón, por JUAN LEPAUTRE.

EL DOCTOR BARNABÉ.

(Véase nuestro n. 45)

Eva con la cabeza apoyada en sus manos estaba sentada á la mesa sin probar un bocado. De repente se volvió con presteza hácia mí, y exclamó prorrumpiendo en sollozos ;

— Ah ! doctor ; veo que lo mismo que yo estais tambien en cuidado.

— No, no, madama, — la respondí hablando sin saber lo que decia. — No hay motivo para estarlo ; acaso se habrá quedado á comer con el notario. La comarca no puede ser mas segura, y ademas nadie sabe que viene con dinero.

Sin querer dejé escapar una de las preocupaciones que me asaltaban. Precisamente aquella misma mañana me habían dicho que una cuadrilla de segadores forasteros habia atravesado la aldea en direccion á un departamento vecino.

Eva lanzó un gemido.

— ¡ Ladrones ! ¡ ladrones ! — exclamó. — No habia pensado en ese peligro.

— Ni debeis hacerlo ; si he hablado de ladrones ha sido para indicaros que no los hay.

— ¡ Oh ! doctor ; si no lo creyérais posible no se os hubiera ocurrido la idea ; ¡ William ! ¡ William ! ¿ porqué te has marchado esta mañana ? — exclamó la jóven desahuciándose en lágrimas.

Yo estaba de pié, incomodado con mi torpeza, titubeando, balbuceando algunas palabras incoherentes, y sintiendo que, para colmo de desgracia mis ojos se llenaban de lágrimas. — Ea, — dije para mí, — voy á echar á llorar, no faltaba mas que eso. Por último me vino una idea.

— Madama Meredith, — le dije, — no puedo veros entregada á tamaño tormento, y permanecer á vuestro lado sin saber qué hacer ni qué decir para consolaros. Voy á buscar á vuestro marido, tomaré al acaso el primer camino que encuentre en el bosque, y miraré y llamaré por todas partes, yendo hasta la ciudad si necesario fuere.

— ¡ Oh, gracias, gracias amigo mio ! — exclamó Eva Meredith. — Llevaos al jardinero y al criado para que os acompañen, y marchad en todas direcciones.

Entónces nos volvimos precipitadamente á la sala y Eva tocó con fuerza la campanilla : todos los habitantes de la casa abrieron á la vez las diferentes puertas del aposento en que nos hallábamos.

— Seguid al doctor Barnabé, — exclamó madama de Meredith.

En el mismo instante resonó claro y distintamente el galope de un caballo en la arena del jardin. Eva lanzó un grito de alegría que penetró todos los corazones ; en mi vida olvidaré la espresion de gozo divino que se pintó instantáneamente en su fisonomía inundada de lágrimas aun.

Ambos corrimos hácia la puerta. La luna saliendo por entre las nubes alumbró de lleno un caballo cubierto de espuma que nadie montaba, con las bridas arrastrando, y cuyos estrieros vacíos golpeaban sus flancos cubiertos de polvo. Un segundo grito, horrible esta vez, se escapó del seno de Eva ; en seguida se volvió hácia mí, con los ojos fijos, la boca entreabierta y los brazos caidos.

— Amigos míos, — dije á los criados consternados, — encended hachones y seguidme. Madama, pronto volveremos con vuestro marido, que acaso ha recibido alguna leve herida, una caída del caballo. .. en fin no os desaniméis, pronto volveremos.

— Os seguiré, — murmuró Eva Meredith con voz ahogada.

— Es imposible, — contesté, — hay que ir muy de prisa, y acaso muy léjos, y en el estado en que os hallais, sería esponeros á perder vuestra vida y la de vuestro hijo.

— Os seguiré. — repuso Eva Meredith.

¡ Oh ! Entónces fué cuando conocí lo terrible que era el aislamiento de aquella mujer. Si hubiese tenido allí á un padre ó una madre, le hubieran mandado que se quedara por fuerza ó por voluntad, pero estaba sola sobre la tierra, y á todas mis instancias contestaba con una voz sorda. — Os seguiré.

Por fin, nos pusimos en camino. La luna estaba de nuevo cubierta de nubes ; no se veía ninguna luz ni el cielo ni en la tierra, y apenas podíamos distinguir nuestro camino, al incierto resplandor de nuestras antorchas. Un criado marchaba delante inclinando el hachon á derecha é izquierda para alumbrar las zanjas y matorrales de las orillas del camino. Detras de él madama Meredith, el jardinero y yo seguíamos con la vista los rayos de luz que despedia la llama y de tiempo en tiempo alzábamos la voz llamando á M. Meredith. A cada instante un sollozo ahogado murmuraba apenas el nombre de William, como si un corazon hubiese contado con el instinto del amor, para que se oyese sus lágrimas mejor que nuestros gritos.

De este modo llegamos al bosque. La lluvia principiaba á caer en anchas gotas, pegando contra las hojas de los árboles, con un ruido tan triste que parecia que todo lloraba en nuestro derredor.

Los lijeros vestidos que llevaba Eva, fueron bien luego penetrados por aquella lluvia ; corria el agua por todas partes, por los cabellos y la frente ; tropezaba con las rocas del camino, y muchas veces estuvo á punto de caer sobre sus rodillas, pero siempre se levantaba con la energia de la desesperacion y proseguia su camino. El ver aquello me hacia daño. La rojiza luz de nuestras antorchas alumbraba uno despues de otro cada tronco, y cada peñasco ; á veces en una encrucijada del camino, el viento parecia apagar aquel resplandor, y entónces nos deteníamos perdidos en las tinieblas. Nuestras voces para llamar á William Meredith resonaban tan lúgubres que nos daban miedo á nosotros mismos. Yo no me atrevia á mirar á Eva, porque me temia verla caer muerta á mis piés.

Por último, llegó un momento en que cansados y desanimados ya marchábamos en silencio, cuando madama Meredith, nos rechazó subitamente y lanzándose hácia adelante se arrojó á través de los matorrales. Todos la seguimos ; pero ¡ ay ! cuando pudimos levantar una antorcha para distinguir los objetos, la vimos arrodillada junto al cuerpo de William, estendido en tierra, sin movimiento, con los ojos helados y la frente chorreando sangre de una herida que tenia abierta en el lado izquierdo de la cabeza :

— ¿ Doctor ? — me dijo Eva.

Esta sola palabra queria decir : — ¿ Vive aun ?

Me incliné, le tomé el pulso, puse mi mano sobre su corazon y permanecí en silencio. Eva me miraba con los ojos fijos, pero á medida que se iba prolongando mi silencio, la vi desfallecer, inclinarse, y luego sin proferir una palabra, sin lanzar un grito, se cayó desmayada sobre el frio cuerpo de su marido.

— Pero, señores, — dijo el doctor Barnabé volviéndose hácia el auditorio, — el sol ha vuelto á salir ; ya podeis ir á pasearos ; suspendamos aquí esta triste narracion.

Madama de Moncar se acercó al anciano, y le dijo:

— Doctor os suplico que continuéis; miradnos y no dudareis del interés que tenemos en escucharos.

En efecto, todas las sonrisas irónicas habían desaparecido de los jóvenes rostros que rodeaban al médico de la aldea; casi podríamos añadir que se veían brillar lágrimas en algunos ojos: el doctor prosiguió de este modo:

Madama Meredith fué trasportada á su casa, donde permaneció muchas horas tendida sobre la cama, y privada de toda especie de conocimiento. Yo conocía que era á un tiempo un deber y una crueldad el prodigarla los socorros de mi arte para volverle á la vida, y por otra parte temía las desgarradoras escenas que iban á suceder á aquel estado de inmovilidad. Permanecí inclinado sobre aquella pobre mujer, bañándole las sienes con agua fresca y espiando ansioso el triste, y sin embargo el feliz momento en que vería escaparse de sus labios el primer aliento de la respiración. A pesar de esto, hube de engañarme en mis previsiones, porque jamás había presenciado un grande infortunio. Eva entreabrió los ojos y los volvió á cerrar inmediatamente, y ninguna lágrima asomando á sus párpados corrió por sus mejillas; se quedó helada, inmóvil, y si no hubiera sido por los latidos de su corazón, que yo sentía con mi mano, me hubiera figurado que estaba muerta. ¡Qué triste es el ser testigo de un dolor superior á todo consuelo! Yo me decía que callarme parecía ser falta de compasión por ella, y que hablar para consolarla, era carecer de tacto para medir lo grande de su desgracia. Yo, que no había sabido decir nada momentos ántes para calmar su inquietud, ¿podía esperar el ser mas elocuente en presencia de tamaños padecimientos? Así, pues, tomé el partido mas seguro, que fué el de encerrarme en un silencio completo. Permaneceré aquí, — me dije á mí mismo, — cuidaré el mal físico en cumplimiento de mi deber, y despues me estaré inmóvil á su lado, como un perro fiel echado á sus piés. Una vez tomada esta resolución, me tranquilicé algun tanto; la dejé vivir con una vida que se parecía muchísimo á la muerte. Sin embargo, al cabo de algunas horas, acerqué á los labios de madama Meredith una cucharada de una bebida que había juzgado conveniente. Eva volvió lentamente la cabeza del lado opuesto y permaneció apoyada lejos de la mano que la presentaba la bebida. Algunos instantes despues volví á la carga.

— Bebed, bebed, — la dije tocando ligeramente sus labios con la cuchara; pero su boca permaneció cerrada.

— ¡Por vuestro hijo! — repuse á media voz.

Eva abrió los ojos, se levantó con mucho trabajo, se apoyó en su codo, se inclinó hácia la bebida que le presentaba, la tomó, y despues volvió á caer sobre la almohada murmurando:

— ¡Debo esperar á que otra vida se haya separado de la mía!

Desde entónces madama Meredith no volvió nunca á hablar, pero obedeció maquinalmente á todas mis prescripciones. Tendida en su lecho de dolor, parecía dormir eternamente; pero, siempre que yo la decía en voz baja: «Vamos, levantaos y tomad esto», obedecía á la primer palabra, lo que me probaba que el alma velaba en aquel cuerpo inmóvil, sin hallar un solo momento de olvido ó de reposo.

¡Yo solo dispuse los funerales de William! Nunca se llegó á saber nada de positivo sobre la causa de su muerte. Lo cierto es que no se le encontró el dinero que debía traer de la ciudad; acaso había sido robado y asesinado, ó tal

vez aquel dinero, que venía en billetes, se le había salido del bolsillo al dar una caída del caballo, y como no trató de buscarse este dinero hasta mucho tiempo despues, no es difícil que con la lluvia de la noche desapareciese en aquel terreno húmedo y cubierto de fango. Hiciéronse algunas pesquisas sin ningún resultado, y bien luego cesamos toda investigación acerca de ello. Yo traté de saber de Eva Meredith, si no tenía que escribir alguna carta para dar parte de lo acaecido á su familia, ó á la de su marido, y á duras penas pude alcanzar una respuesta, hasta que por último llegué á comprender que lo único que había que hacer era escribir á su agente de negocios para que tomase las medidas convenientes. Yo me figuraba que á menos de Inglaterra llegarían algunas noticias que decidiesen el porvenir de aquella pobre mujer; pero nada; los dias se fueron sucediendo unos á otros, y parecía que todo el mundo en la tierra ignoraba que la viuda de William Meredith vivía en un aislamiento completo en medio de una miserable aldea. Despues, para tratar de recordarle á Eva el sentimiento de su existencia, manifesté el deseo de que se levantara, y en efecto, á la mañana siguiente la encontré de pié, vestida de negro, y parecida á la sombra de Eva Meredith: sus cabellos estaban partidos en dos bandas sobre su frente pálida; estaba sentada cerca de una ventana, y tan inmóvil como si no hubiera salido de su lecho.

De este modo pasé en silencio muchas tardes con ellas. Algunas veces tomaba un libro por no saber que hacer, y todos los dias, al verla por primera vez, la decía algunas palabras de compasión y afecto, á las cuales me respondía con una mirada dándome las gracias, y despues permanecíamos ambos sin hablar. Yo esperaba que se presentase una ocasión para tratar de decirle algo; pero mi torpeza y mi respeto por su desgracia, desaprovechaban siempre que se presentaba esa ocasión tan deseada. Poco á poco me fui acostumbrando á aquella ausencia de todo discurso y á aquel recojimiento, porque al fin y al cabo, lo importante para mí era que conociese que no se hallaba enteramente sola en este mundo: yo no iba á verla mas que para decirle con mi presencia: «Aquí estoy».

Triste, bien triste fué aquella época de mi vida, que ejerció una grande influencia en el resto de mi porvenir. Si no hubiese manifestado tanto sentimiento al oír que ibais á echar abajo la casita blanca, pasaria rápidamente á la conclusion de este relato, pero como quereis saber porqué esa casita es para mí un lugar consagrado, es necesario, pues, que os diga todo lo que he pensado y sentido bajo su humilde techo. Perdonadme la gravedad de mi palabra; de cuando en cuando no le hace daño á la juventud el entistecerse un poco: ¡barto tiempo tiene para reír!

Hijo de un campesino enriquecido, fui enviado á Paris para concluir mis estudios. Durante los cuatro años que pasé en esa gran ciudad conservé la torpeza de modales y la sencillez de mi lenguaje, pero en cambio perdí rápidamente la injenuidad de mis sentimientos. Así fué que volví á estas montañas hecho un hombre docto, pero con poca confianza en la felicidad de vivir en una choza al lado de una mujer y de los hijos.

Cuando Eva Meredith era dichosa, su felicidad me sirvió de lección. — Me han engañado, — me dije, — hay en el mundo corazones verdaderos y almas tan inocentes como las de los niños. El placer de un instante no es todo en la vida; existen sentimientos que no acaban con el año, habiendo quien puede amarse largo tiempo, y acaso siempre.

Al contemplar el amor de William y de Eva volví á recobrar mi sencilla naturaleza de otros tiempos. Poníame á soñar en una mujer virtuosa, cándida y asidua en el trabajo, una mujer adorno de mi casa por sus cuidados y buen orden, y me enorgullecía con la dulce severidad de sus facciones revelando á todo el mundo la esposa fiel y hasta un poco austera. ¡No eran estos por cierto mis sueños de París cuando salía de una alegre tertulia en compañía de mis camaradas! Una horrible desgracia cayó como un rayo sobre la esposa de William Meredith, y entonces me detuve en mis ilusiones de completa felicidad en esta vida.

Eva permanecía sentada cerca de una ventana fijando sus tristes ojos en el cielo. Esta posición, bastante familiar á todos los que viven de ilusiones, no me llamó al pronto la atención, pero poco á poco me hizo reflexionar en ello; y mientras que mi libro permanecía abierto sobre mis rodillas, miraba á Eva Meredith, y convencido de que sus ojos no se encontrarían con los míos, la examinaba con la mayor atención. Eva miraba al cielo y mis ojos seguían la dirección de los suyos. — ¡Ah! — me dije á mí mismo medio sonriendo, — cree que va á encontrarle allá arriba.

Hecha esta reflexión, volví á tomar mi libro pensando que era muy dichoso para la flaqueza femenina, el que vienesen á consolar su dolor pensamientos de tal naturaleza.

Ya os he dicho que mi permanencia entre los estudiantes, me había infundido malas ideas en mi cabeza. Sin embargo todos los días veía á Eva en la misma actitud, y todos los días me hacía las mismas reflexiones, hasta que poco á poco acabé por creer que aquel era un sueño magnífico. El alma, el cielo, la vida eterna, todo lo que mi cura me había enseñado en otros tiempos, pasaba por mi imaginación en tanto que permanecía sentado por la tarde delante de la ventana abierta. — Lo que el anciano sacerdote me enseñaba, — me decía yo, — es muchas veces mas consolador que las frías realidades que he podido entrever con la ciencia. — Y despues miraba á Eva que continuaba contemplando el cielo, en tanto que la campana de la iglesia de la aldea resonaba á lo lejos, y que los rayos del sol en el ocaso hacían brillar en medio de las nubes la cruzcilla del campanario. Volví muchas veces á sentarme cerca de la pobre viuda, tan perseverante en su dolor como en sus santas esperanzas.

— ¿Es posible, — me decía yo, — que tanto amor no se dirija mas que á un puñado de polvo mezclado ya con la tierra, que todos esos suspiros no tengan ningún fin? William ha espirado en la juventud, con sus vivas afecciones, y con su corazón donde todo estaba en flor todavía. Ella no le ha amado mas que un año, un año corto, y todo se ha concluido en el mundo para ella! ¡No hay nada mas que aire sobre nuestras cabezas! El amor, ese sentimiento tan vivo en nosotros, no es mas que una llama colocada en la cárcel oscura de nuestro cuerpo, donde brilla, arde y se apaga luego que llega á caer la frágil muralla que la rodea; un poco de polvo es todo lo que nos queda de nuestros amores, de nuestras esperanzas, de nuestros pensamientos, de nuestras pasiones, de todo lo que respira, se agita y se exalta en nosotros!

Un largo y profundo silencio en mi interior sucedió á estas reflexiones.

Yo había cesado de pensar y estaba como adormecido entre aquello que ya no negaba, y aquello que, sin embargo, no acababa de creer todavía. Por último, una noche, la noche mas estrellada y hermosa que he visto en

mi vida, Eva tenía las manos cruzadas en ademán de orar, cuando, yo no sé como sucedió, pero las mías se cruzaron también y entreabrieronse mis labios para rezar. Entonces, por un feliz acaso, Eva Meredith miró por la vez primera lo que pasaba en su derredor, como si un secreto instinto la hubiese dicho que mi alma acababa de ponerse en armonía con la suya.

— Gracias, — me dijo tendiéndome la mano, — acordaos de él, y orad también por él algunas veces.

— ¡Oh, madama! — exclamé, — ¡ojalá volviéramos á encontrarnos todos en un mundo mejor, que nuestras vidas hayan sido largas ó cortas, felices ó infortunadas!

— El alma inmortal de William está allá arriba! — me dijo con una voz grave, en tanto que su mirada, triste y brillante á la vez, volvía á fijarse en el cielo.

Desde entonces acá muchas veces he visto morir, ejerciendo mi profesión, pero siempre á los que quedaban en el mundo les he dirigido palabras de consuelo sobre una vida mejor que la presente, y lo sentía como lo decía.

Por último, un mes despues de estos silenciosos acontecimientos, Eva Meredith dió á luz un hijo. Cuando vió su niño por primera vez la pobre viuda, exclamó ¡William! soltando un torrente de lágrimas contenidas hacia mucho tiempo. El niño llevó ese nombre amado de William; colocároule en una cunita al lado de la cama de su madre, y desde entonces la mirada de Eva que se había separado de la tierra, volvió á fijarse en ella: Eva miró á su hijo como había mirado al cielo. A cada instante se inclinaba hacia él para descubrir la imagen de su padre, habiendo permitido Dios que existiese un perfecto parecido entre William y el hijo que no debía ver. Un gran cambio se operó en nuestro derredor: Eva Meredith que había consentido en vivir para esperar á que la vida de su hijo se hubiese separado de la suya, quería vivir aun, como lo estaba viendo, porque sentía que aquel pequeño ser necesitaba la protección de su amor. Así pasaba los días y las noches sentada junto á la cuna, y cuando yo iba á verla, me hablaba, me preguntaba cuales eran los cuidados que debía prodigar á su hijo; me explicaba lo que había tenido, y me pedía remedios para que no experimentase la mas mínima incomodidad. Eva temía por él, el calor de un rayo de sol, y el frío del aire mas ligero. Inclínada sobre él, le cubría con su cuerpo y le calentaba con sus besos. Un día hasta creí notar que se sonreía con su niño, pero nunca quiso cantar cuando le mecía para que se durmiese, teniendo la costumbre de llamar á una criada y decirle: Canta para que se duerma mi hijo. — Y luego se ponía á escuchar, dejando que sus lágrimas corrieran por la frente de William.

¡Pobre niño! ¡Era tan hermoso, tan pacífico y tan dócil! Sin embargo, como si el dolor de su madre le hubiese penetrado ya antes de nacer, siempre estaba muy triste; no gritaba, pero tampoco se sonreía, y tenía esa tranquilidad que en su edad parece provenir del sufrimiento: parecíame que todas las lágrimas vertidas en aquella cuna helaban su alma delicada. Yo hubiera querido ver los cariñosos brazos de William rodeando el cuello de su madre tratando de devolverle los besos que le prodigaba.

— ¿Pero en qué estoy pensando? — me decía para mí, — ¿por ventura debemos pedir á esa criatura que aun no ha cumplido un año, el que comprenda que está en el mundo para amar y consolar á esa mujer?

Os aseguro que era un espectáculo que conmovía el corazón el ver á aquella madre joven, pálida y débil que

había renunciado á todo porvenir en cuanto á sí misma, el verla, repito, volver al sentimiento de la vida á causa de un niño que ni aun siquiera podía decir á la sazón : — ¡Gracias, madre mía! — ¡Qué maravilloso es nuestro corazón! ¡De una nada sabe hacer un mundo! Dadle un grano de arena, y levantará con él una montaña; mostradle en su último momento un átomo que amar, y bien luego volverá á latir: nunca se detiene para siempre sino cuando no queda en su derredor mas que el vacío, y cuando hasta la sombra de lo que amó ha desaparecido de la tierra!

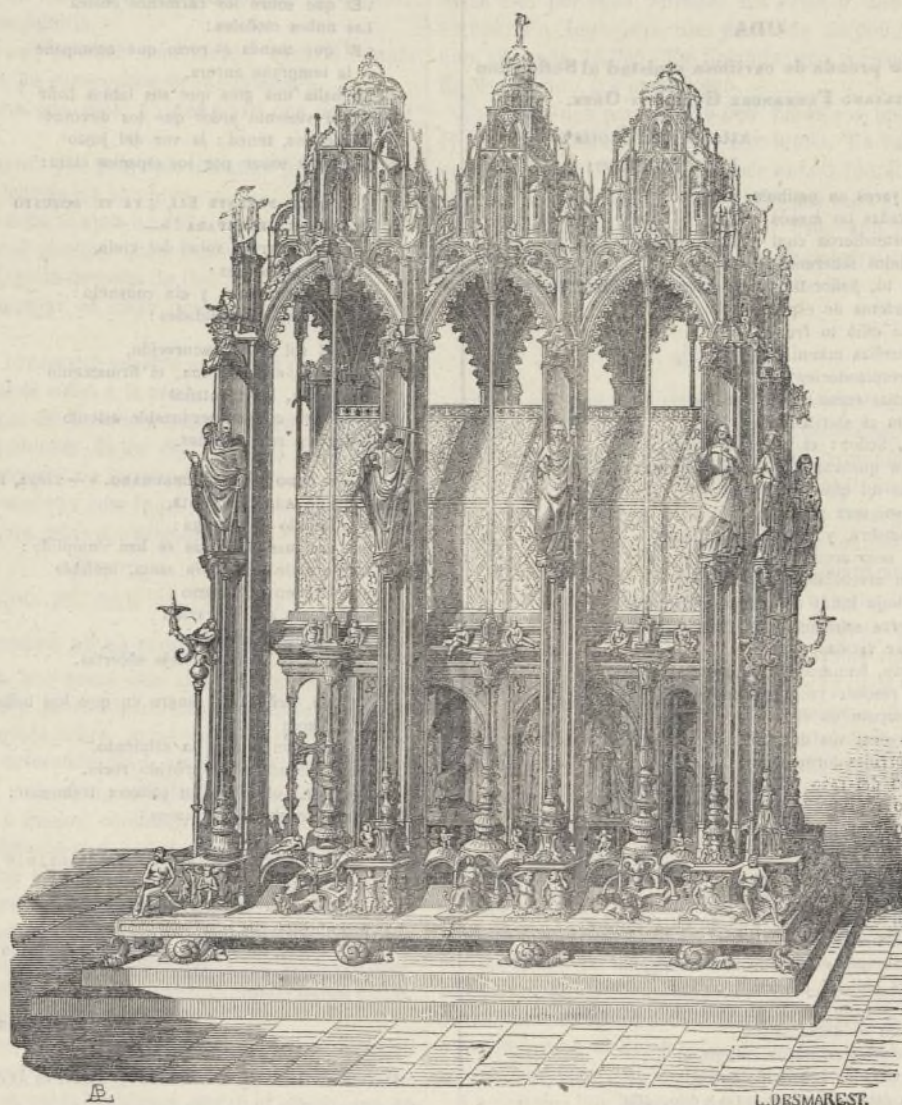
Eva ponía á su niño sobre una alfombra á sus piés, y cuando le veía jugar me decía: — Doctor Barnabé, cuando mi hijo sea grande, quiero que sea un niño de provecho, instruido, y que tenga una carrera; le seguiré por todas partes; por el mar si es marino, y hasta á las Indias si está

en el ejército; quiero que adquiera gloria y honores, y me apoyaré en su brazo y diré con orgullo: — ¡Soy su madre! ¿No es verdad doctor Barnabé, que me permitirá que le siga? Una pobre mujer que no necesita mas que un poco de silencio y de soledad para llorar no debe incomodar á nadie, ¿no es verdad?

Y enseguida nos pusimos á discutir las diferentes carreras que podría elegir, principiando por dar veinte años al niño, sin pensar en que al cabo de ellos ambos seríamos ya ancianos, y que en esos veinte años consistía todo lo mejor de nuestra vida! Pero entonces no pensábamos en nosotros; no pensábamos en ser felices, sino cuando lo fuera él!

(Se continuará)

SEPULCRO DE SAN SEBALDO EN NUREMBERG.



B.

L. DESMAREST.

Imprenta de BLONDEAU.

El sepulcro de San Sebald en Nuremberg, por PEDRO VISHER.—Siglo XVI.

Este sepulcro fundido en bronce por Pedro Visher y sus cinco hijos en los años de 1506-1519, se halla colocado en mitad del coro de la pequeña iglesia de San Sebald en Nuremberg. La base del monumento sostenida por enormes caracoles y cargada de figuras de niños que juegan

con los insectos, y su techo cubierto de construcciones arquitectónicas, así como las columnitas de todo él, son de un gusto enteramente alemán. Las estatuas de los doce apóstoles, tienen cabezas y ropajes que pueden compararse á las mejores obras de las que la imitación de los antiguos

ha inspirado al genio moderno: las sirenas que sostienen los candelabros en los cuatro ángulos, afectan las largas formas que, algunos años después, el Primitivo naturalizó en Francia: las figuras desnudas que están sentadas al pie de las columnas parecen hechas por Miguel Angel, y por último las que coronan el monumento tienen el traje y forma de las obras mas elegantes que produjo Florencia á fines del siglo XIV. Esta obra maestra, que no tiene rival entre todas las esculturas alemanas, no puede compararse mas que á las creaciones mas elevadas de Alberto Durero. La ejecucion, aunque en cortas proporciones, es enteramente monumental, y aunque es algo desigual por haber trabajado en ella diferentes manos, sin embargo en todas las actitudes, que son de una grande hermosura, se conoce la suprema direccion del maestro.

LAS SIETE PALABRAS.

ODA

dedicada como prenda de cariñosa amistad al Señor don

AURELIANO FERNANDEZ GUERRA Y ORBE.

Attende verbis oris mei.

Lib. Prov. c. VII v. 24.

¿Y yaces en patibulo afrentoso,
Enclavadas las manos
Que estendieron cual manto prodijioso
Los cielos soberanos?
¿Eres tú, Señor-Dios? ¿Y has convertido
En diadema de espigas
La que ciñó tu frente
De estrellas matutinas
Orla resplandeciente?
¿Y callas como tímido cordero
Llevado al sacrificio?
Habla, Señor: el poderoso quicio
Tu voz quebranta de cerrada huesa:
Dile al sol que no brille,
Y el sol será pavesa.
Una palabra, y el Cedron rajóse:
Verás seco arenal, el eminente
Libano arrebatado por el viento,
Cual hoja inútil de pomposa higuera,
La tierra estremecida en su cimiento,
La mar vivida boguera.
Póstrate, humanidad: la voz del Cristo
Va á resonar vengando sus afrentas
Con ímpetu no visto.
¿Será cual voz del trueno que restalla
En hórridas tormentas
Nuncio del rayo que los aires hiende?
Mundo réprobo, calla:
Mundo réprobo, atiende.

— «PERDÓNALOS, OH PADRE, PADRE MIO,
QUE IGNORAN LO QUE HAN HECHO.—
¿Y tal dices, Señor? ¿No se ha deshecho
A una voz justiciara el orbe impio?
¿Dónde está el eco de Siná iracundo
Que al idólatra espanta?
¡Solo hay de amor, oh Redentor del mundo,
Ecos en tu garganta!
Tu sangre derramada embota el filo
Del vengador inevitable acero
De la eternal justicia. ¡Oh! dílo, dílo,
Malhechor venturoso, tú el primero
En esa fuente de salud bañado,
En ella ataviado
Con la estola del inclito Cordero.
¡Dimas, Dimas feliz! ¿Su acento amigo,
No ves cual te dirige en dulce anhelo?

— «EN ESTE DIA PISARAS CONMIGO
EL ESCABEL DEL CIELO.»—

Repite, oh Dios amante, esa palabra
Que tanta dicha encierra,
Y á cada humano como Dimas abra
Randal de gloria al esquivar la tierra.

¡Todo para los hombres! El que pudo
Vestir el día con cambiantes de oro,
Mirase ya desnudo
Con bárbaro desdoro.
Ni sitio do recline su cabeza
Quédale al espirar: solo una madre
Que jime de su angustia en la fiereza
Ceder al hombre puede:
¡Una madre! ¡y la cede!
Y en Juan por madre se la entrega al mundo,

— «MUJER, MIRA A TU HIJO» —
Admite, fiel discípulo, esa prenda
Que al hombre ingrato en su penar defienda.

— «TENGO SED.» —; Dios eterno! ¡El que la roca
Convierte en manantiales!
¡El que sobre los cármes coloca
Las nubes otoñales!
¡El que manda al rocío que acompañe
A la temprana aurora,
No halla una gota que sus labios bañe
En el violento ardor que los devora!
Huracanés, tened: la voz del justo
Vuelve á sonar por los espacios clara:

— «ELI, POTENTE ELI, ¿YA TU ROBUSTO
BRAZO ME DESAMPARA?» —
Acudid, acorred, volad del cielo,
Lúcidas potestades:
Jesus padece solo, y sin consuelo:
¡Solo, con mis maldades!

Y el sol se ha oscurecido,
Manchada está la luna, el firmamento
Retiembla, las montañas
Desde su antiguo perdurable asiento
Rujen en sus entrañas.

— «TODO SE HA CONSUMADO.» — Llega, llega,
Raza de Adán proscrita,
Y al júbilo te entrega:
Las antiguas promesas se han cumplido:
La hora de redención santa, inefable
Sonó ya en el horario
Sangriento del Calvario:
Las eternas puertas
Esa voz de Jesus te deja abiertas.

Basta, Señor: la sangre en que has bañado
El Gólgota sombrío
La creación entera ha salpicado,
Mies fecundada en pródigo rocío.
Termine, ¡oh Dios! tu padecer tremendo;
Pero escuchadle, humanos:

— «¡SEÑOR, SEÑOR! EN TUS SAGRADAS MANOS
MI ESPÍRITU ENCOMIENDO.» —
¡Nos enseña á morir el que el camino
Nos mostró de la vida!
¡Oh día! ¡Oh cruz! ¡Oh Redentor divino!
¡Oh muerte bendecida!
Madrid: 1849.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

PENSAMIENTOS DE SEXTIO EL PITAGORICO.

Sextio que floreció en tiempo de Augusto, unió á las antiguas costumbres romanas, la sabiduría de los filósofos griegos, como lo aseguran sus contemporáneos. Los padres de la iglesia no quisieron que un filósofo tan sabio como Sextio fuese pagano, y Rufino le tradujo en latin bajo el nombre de Xistus II papa y mártir. Sextio escribió en griego, pero no se ha conservado mas que la traducción latina de sus *Pensamientos*.

— El que no honra á Dios es porque jamás lo ha conocido.

— El alma se esclarece pensando en Dios.

— El que nada tiene que decir de Dios, es porque Dios le ha abandonado.

— Repartid gratuitamente lo que Dios ha dado del mismo modo.

— Se debe ayunar para alimentar al pobre.

— Buscad ocasiones para ejercer la caridad, aunque os cueste trabajo el encontrarlas.

— No solo debeis absteneros de dar una sentencia que no haya sido inspirada por la caridad, sino que hasta debeis tratar de no oirla pronunciar.

— El que recoja huérfanos, será despues de Dios, padre de una numerosa familia.

— Conducios con vuestros semejantes, como si fueseis despues de Dios, los encargados de sus intereses.

— No es cierto que ama á Dios aquel que daña á su prójimo.

— El fundamento y el principio del amor de Dios se encuentran en el amor de los hombres.

— Lo que no daña al alma no daña tampoco al hombre.

— Acostumbrad vuestra alma á que se considere como una cosa muy grande despues de Dios.

— Mas vale arrojar al acaso una piedra, que una palabra.

— Si quereis conservar vuestra serenidad de ánimo, no emprendais muchas cosas á la vez.

— Vuestra alma no debe atormentar á vuestro cuerpo.

— No deséeis obtener ántes de trabajar, aquello que debe ser la recompensa de vuestro trabajo.

— Al que le gusta una cosa inútil, no le gustan las útiles.

— Haced buenas cosas sin prometerlas.

MODO DE DAR AL CUERNO

EL ASPECTO DE LA CONCHA O CAREY.

1º Se prepara una pasta con dos partes de cal viva, una de litargirio y la suficiente cantidad de lejía de sosa cáustica, y se aplica sobre todas las partes del cuerno que deben ser coloradas. Seca ya dicha pasta, se separa con una brocha, y el cuerno se halla sembrado de manchas negruzcas mas ó ménos oscuras que imitan muy bien la concha, especialmente si sobre el cuerno así preparado se coloca una lámina ú hoja de latón.

2º Para obtener manchas mas claras y de color rojizo, se mezcla la pasta anterior con creta ó arena en polvo fino. Estas manchas rojizas mezcladas con las negruzcas producen un excelente efecto, especialmente si se hallan en los bordes de las partes oscuras.

3º Tambien se puede disolver oropimente en agua de cal clara y aplicar la disolucion con una brocha, retirándose mas ó ménos veces las manos segun el efecto que se desea obtener.

4º Se emplea igualmente á veces una mezcla de dos partes de litargirio, una de cal viva y suficiente cantidad de una disolucion amoniacal ú orina corrompida, para formar una pasta que se aplica y deja por espacio de tres á cuatro horas.

5º Para colorar el cuerno de rojo se emplea una disolucion de oro en el agua réjia; para el negro el nitrato de plata; para el pardo el nitrato de mercurio. Con estos tres mordientes se hacen ademas várias mezclas segun el color de la concha que se quiere imitar.

6º A fin de enderezar las planchas ó láminas de conchas que con frecuencia se encorvan, se reblandecen en agua caliente y colocan entre dos tablas que se han mantenido por espacio de un minuto en dicha agua caliente, y se aprieta el todo en un torno, del cual no se separan hasta que esten frias y secas, á fin de que conserve la concha la forma que se le ha dado por medio de esta operacion.

ESTADISTICA DE LA PRENSA.

Juzgamos curiosos los siguientes datos estadísticos sobre la prensa. En España se cuenta un periódico por cada 78,000 habitantes. En Rusia uno por cada 67,000. En Suiza uno por cada 66,000. En Francia uno por cada 52,000. En Inglaterra uno por cada 46,000. En Prusia uno por cada 43,000. En Holanda uno por cada 40,000. En Madrid uno por cada 9,000.

En Roma uno por cada 30,000. Barcelona uno por cada 40,000. En Venecia uno por cada 9,000. En Lóndres uno por cada 6,000. En Paris uno por cada 3,700. En Leipsick uno por cada 4,400. En Berlin uno por cada 4,070.

En España hay un suscriptor por cada 800 habitantes. En Francia uno por cada 417. En Inglaterra uno por cada 284. En Holanda uno por cada 400.

MEISSEN.

Todos los que han viajado saben los encantos que la presencia de las aguas prestan siempre al paisaje; sin ellas todo aspecto carece de esa vaguedad armoniosa, con la cual se unen los pormenores por una continuacion de degradaciones y reflejos. El agua es como un segundo cielo que reproduce en la tierra una parte de los efectos de medias tintas y siluetas que el cielo verdadero nos presenta en lo alto. Se ha llamado con razon al agua *la gracia de la naturaleza*, pero se puede muy bien añadir que es tambien su voz y su movimiento. Ese cristal ruidoso, que anda y nos devuelve todas las imágenes, parece tener en sí mas vida que todo lo restante de la creacion. La imaginacion se crea misterios en esos murmullos de la onda al pié de la escalera de los lavaderos, en esas turbulentas espumas que se sumergen bajo la oscuridad de los puentes, y en esa bulliciosa movilidad de su limpia superficie. Por eso los rios y los lagos han sido siempre el gran receptáculo de las creaciones fantásticas, para la tradicion popular: en sus aguas se ocultan las ciudades sumergidas, oyéndose en ciertos dias sus campanas subterráneas movidas por las hadas de las ondas. La mayor parte de las ciudades alemanas construidas sobre los rios conservan el recuerdo de esas bonitas fábulas que se cuentan por la noche á la lumbre, y al dulce ruido de las aguas que pasan misteriosamente por debajo de las ventanas.

La posicion de Meissen en el Elba debe favorecer esos cuentos de las veladas; una parte de sus casas bañan sus piés en el rio como se vé en nuestro grabado, hallándose por consiguiente en contacto con el terrible pueblo *de los hombres acuáticos*.

Nada es comparable al encanto de esas habitaciones con techos ondulados, medio perdidas entre los árboles y reflejándose en el espejo de las aguas.

Meissen que forma parte del reino de Sajonia se halla situada á algunas leguas de Dresde; no cuenta mas que unos 7,600 habitantes, pero es famosa por sus manufacturas de porcelana. Una de estas manufacturas fundada el go-

bierno en 1710, dió magníficos productos que aun en el día son muy buscados por los aficionados, siendo conocidos con el nombre de *Sajonia antigua*. Durante largo tiempo la manufactura de Meissen tuvo el monopolio de la fabrica-

ción de la porcelana, habiéndose impuesto la pena de muerte á todo aquel que revelara el secreto de la fabricación, ó trasladase á otro punto cualquiera la materia con que se trabajaba. Sin embargo, todas estas precauciones



FREEMAN DEL.

J. QUARTLEY.

Imprenta de BLONDEAU.

Una calle de la ciudad de Meissen en el Elba.

no pudieron impedir el establecimiento sucesivo de manufacturas rivales en Berlin, Brunswick y Viena así como en Francia é Inglaterra.

La greda blanca que sirve para fabricar las porcelanas

de Meissen (materia que no tiene igual) se saca de las canteras de Aue, en el Erzgebirge, cadena de montañas que separa la Sajonia de la Bohemia y que se eleva á cerca de 4,300 metros.